

Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta
Enterrado en su poltrona
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas ; su Aurora.
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡ Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla : llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.
En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus jentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano sus piés besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices : — « Conde
Mira que es mi única joya.

Y aun vive tu hijo.....! Levántate
Entre el seductor y Aurora!»
La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano ;
Vé, ya en el Oriente asoma
La Aurora del nuevo dia
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan , buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida ,
Llora, desdichado , llora.

VIII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado
Un enorme castillo se levanta ;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta ;
Que es por demás su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan ;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.
Por cima de los árboles copudos,
Afronta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vigias se levanta ufana
Ceñida de exquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.

Alli á merced del ábrego tendida
De remate sirviéndola tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida
De aquella tierra protectora ejida
Es bandera feudal, y es española.
Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la dobléz francesa;
Y á la extranjera posesion extraña
Para lavar con sangre una mancilla
Podia en solo un sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrentar la tierra.
Era española; sí, su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucia
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.
En esta solitaria fortaleza
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus necias ceremonias vanas
En los brazos del ocio y la pereza
Un conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.
Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efimeros deseos
Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamento dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto excesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses

A un trapo y un estoque la fiera.
Y así el señor don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.
Y orgulloso además, (que al cabo era
En España nacido)
De continua fortuna lisongera
Por demás protegido.
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?
Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el zenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.
Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia,
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al léjos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.
El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensovecia el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
Que de atentas camareras cortesanas
Viejo escudero, ó pajecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban,
Y aunque ya no se oian de contado
Las báquicas canciones
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible
 Y la luna á su hora postrimera,
 Cuando en su rica y silenciosa estancia
 Bajo el dorado pabellon del lecho,
 La duquesa Clotilde con su esposo
 A impulso del amor que arde en su pecho,
 En el lenguaje de la culta Francia
 Así seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es feliz adorado
 Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
 Tu historia demandar: te has engañado.
 Solo intentaba, pues rebelde el sueño
 Nos niega su benéfico beleño,
 Entretener nuestra tenaz vigilia
 Con divertida historia;
 Y sin pensar me vino á la memoria
 Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,
 Toda sospecha ruin; y no te crea
 Por ignorarla sin razon zelosa;
 Yo te la contaré tal como sea,
 Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta,
 Celebrando sus lances,
 Sintiendo sus percances
 Y teniendo á la par tus travesuras
 De tu inexperta juventud en cuento.

DON FELIX.

Pues escúchame ya ¡ Clotilde mia!
 Juveniles locuras y un momento
 De sonrisa que logren arrancarte,
 Será mi recompensa y mi contento.
 Y si el cuento monótono te auxilia
 En brazos á caer de manso sueño
 Ese favor de mas ¡ oh dulce dueño!
 Deberemos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Felix mio, que te escucho,
 Y estoy por tu relato
 Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español; lo sabes por mi trato

Franco y leal, y por mis nobles hechos;
 Que no hay en mi país doblez ni engaños
 En palabras de nobles, ni en sus pechos
 Miras serviles, cábalas, ni amaños.
 Era mi padre conde de Aracena.
 Para avaro heredero corto Estado,
 Mas posesion muy buena
 Y herencia suficiente
 Para heredero jóven y valiente
 Con humos y esperanzas de soldado.
 Pasé mi juventud en un castillo
 De Aracena, entregado
 A un preceptor escueto y amarillo,
 Cuya cabeza vana
 De lógica encerraba mas cuestiones
 Que jirones y puntos su sotana.
 Este me hacia leer la antigua historia,
 Mucho inútil latin y mucho griego
 De farrago alestando mi memoria
 Que lo aprendia y lo olvidaba luego.
 Este viejo Fermin que habita ahora
 Con nosotros aquí, franco soldado
 Como niño á tratarme acostumbrado,
 Ducho en caballos y en combates diestro
 Cuando á próvida edad hube llegado
 De armas y equitacion fué mi maestro.
 Y puedes colegir, Clotilde mia,
 Por tan ilustre y célebre colegio
 Lo que la suerte de mi hogar seria.
 Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
 Que mi padre vivia en aquel tiempo,
 Por la corte y el rey muy mal querido
 Por no sé qué opiniones de partido.
 Y aquí, bella Clotilde,
 Tu indulgencia reclamo
 Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿ Hay algun pecadillo
 De amor?

DON FELIX.

Precisamente
 La ocasion de salir de mi castillo,
 Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡ Bravamente!

Pláceme el cuento así, franco y sencillo.

DON FELIX.

Tenia entonces yo veinte y dos años,
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran extraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza,
Allá en mi mente un mundo comprendía
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debía,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi desmantelado castillejo
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al javali y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado pues, cruzando un día
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE.

¿ Bella ?

DON FELIX.

Menos que tú ¡ Clotilde mia !
Mas de tu claro sol, vívida estrella,
Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó; con infantil locura
De la pasion en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos

Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿ Y la amabas ?

DON FELIX.

La pobre zagaleja

Sin duda por su padre sorprendida
Me iba á huir sin razon, ni despedida ;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia ;
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE

¿ La amas pues todavía ?

DON FELIX.

¿ A quién despues de ti, Clotilde mia ?

Mas ella la infeliz allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto

Acaso vivirá muy desdichada

Por culpa de un mancebo, que insensato

La juraba un amor que era imposible,

Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¡ Y aun guardas su memoria inextinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos

Dulcemente llegaban

Cuando la bella historia les turbaron

Alaridos y gritos misteriosos,

Que á la reja del cuarto en que se hallaban

En repentina música estallaron.

Oíase á lo léjos

Rodar la tempestad, arrebatada

En alas del revuelto torbellino ;

Y en pós de los vivisimos reflejos

Del rápido relámpago rugía

La poderosa voz del ronco trueno,

Que la nube sombría

Dentro guardaba del preñado seno.

Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oian los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.

«¿ Oyes , Clotilde ? » preguntó don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.
Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Felix , á ese rumor.

DON FELIX.
Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.
¡ Mas escucha !... parece,
Felix , que esa ventana se estremece.

DON FELIX.
El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.
Eso será.

DON FELIX.
Sí á fe.

CLOTILDE.
Mas parecia
Que alguna voz humana.

DON FELIX.
Pura imaginacion , Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediasion amedrentaba.

Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigia.

Alli agitado el viento
En las caladas piedras estrellándose
Bramaba airado con salvaje acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada mujer ; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oírse en realidad , no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detrás de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian
Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oido,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de mujer que trémula suspira:
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mujeril tierna y amante
De hondo misterio incomprensible henchida
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego

De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan extraña y confusa batahola
Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fe fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió, y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la extension lejana
De la nublada cavidad del cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Qué ves?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra,

Felix, que ese aire mata.

DON FELIX.

Cierro y durmamos, que se acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatá
Mañana haremos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón habia
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pajes y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demás precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos,
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y batahola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito

Don Felix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Felix
Cuando Fermin, su viejo camarero,
Leal aragonés, encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa:
—«¡Voto á cribas! ¿aun duermo aquí la gente?
Levantaos, señor, y daos prisa
Que no quiero que os llame negligente

Esa orgullosa multitud francesa.»
Lo cual Clotilde oyendo
Dijole sonriendo:
Fermin, ¿qué audacia es esa?
Y él contestó la frase corrigiendo.
«Perdone mi señora la condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola
Mas unida á mi amo es ya española.»
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto si no muy bien fuéle ataviando.
Y dijole don Felix:
A esos señores dí que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
—Obedece, Fermin, que el día pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.
Salió el viejo, y don Felix
Ya vestida su esposa
Abriendo la ventana, exclamó al cielo
Mirando ¡qué mañana tan hermosa!
—Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenegal el suelo.
A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba mudo de sorpresa
Volverlos á apartar... y la condesa
Viendo que ni se mueve ni responde
Llegóse apoyándose en su hombro
Siguió su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro.
Pura, olorosa, fresca y solitaria
En una grieta que en el muro habia
Vejetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.
Ocultas en el hueco sus raices,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores
Dijeran que la flor salía ufana

A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores;
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galán esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanle los dos y no podían
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendían
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecían,
Cuyos lienzos plegando una hechicera
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su rico pabellón mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Si á fe: los de Clotilde parecían
El espíritu y la luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecían
Cuanto mas la miraban sus primores:
De su cáliz así se desprendían
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á do Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cojerla
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla

Se esponjaba al favor agradecida :
Si llegaba con su hálito á mecerla
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

¿ Cuándo ha nacido esa flor ?
Dijo el conde á la condesa.
¿ No has sido de esta sorpresa,
Dijole ella, tú el autor ?

DON FELIX.

¡ No, á fe mia !

CLOTILDE.

Yo pensaba

Que tú la hubieras traído.

DON FELIX.

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE.

Artificio la juzgaba,
¿ Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza ?

DON FELIX.

¡ Extraña naturaleza !

CLOTILDE.

¡ Y mas extraña hermosura !
¿ Mas la tormenta pasada
Como de ahí no la arrancó ?

DON FELIX

Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

CLOTILDE.

¡ Raro portentoso !

DON FELIX.

Sí, á fe.

CLOTILDE.

¡ Y que olorosa y que bella !
DON FELIX (*alargando la mano para cojerla*).
Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*deteniéndole*).

No la cortes, no.

DON FELIX.

¿ Por qué ?

CLOTILDE.

Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,

Paréceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella
Ha de mantenerse en ella
Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

DON FELIX.

Sea, pues, como tú quieres.

CLOTILDE.

Secreto es mio, lo he dicho ;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mujeres.

DON FELIX.

No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe.
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasia.
Viva esa flor hechicera
Cuanto asi pueda vivir ;
Y..... ¡ ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera !

Y así hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron,
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy officiosos
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares varia,
Y al volver la condesa al otro dia
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía